IX Domingo del Tiempo Ordinario C

Desde la otra orilla

"Un centurión tenía enfermo, a punto de morir, a un criado suyo. Al oír hablar de Jesús, le envió unos ancianos judíos, para rogarle que fuera a curar a su criado". San Lucas, cap. 7.

En las actuales ruinas de Cafarnaúm se mira un espacio, con algunos muros y columnas. Allí probablemente existió una sinagoga, reconstruida en el siglo II sobre aquella que, según san Lucas, un centurión romano había mandado levantar.

El Señor, luego de varios días en las montañas que rodean el lago, vuelve a Cafarnaúm, epicentro de su predicación y sus milagros.

Los historiadores advierten que en esta ciudad no acampaba ningún destacamento romano. Por lo tanto, aquel centurión y sus hombres debían pertenecer al ejército de Herodes Antipas, quien vivía generalmente en Séforis, a pocos kilómetros de Nazaret.

El evangelio habla aquí de un capitán. También de un centurión, quien estaba al frente de cien hombres, quizás demasiados para Cafarnaúm.

De este romano ignoramos el nombre. Sólo sabemos que no era judío, aunque amigo y bienhechor del pueblo. Además, pesar del oficio de las armas, se muestra amable y compasivo con su siervo y busca a Jesús para pedirle lo sane.

San Mateo sugiere que el funcionario en persona llega hasta el Señor. San Lucas nos describe un protocolo más complejo: Primero, un grupo de ancianos aborda al Maestro, quien emprende camino hacia la casa del enfermo. En seguida aparece una segunda embajada, compuesta por amigos, que explican con más detalles, la súplica del centurión. El no es digno de que el Maestro vaya hasta su casa, pero presenta un medio acorde con su oficio: "Yo digo a uno de mis soldados: Ve. Y va. Y a mi criado: Haz esto. Y lo hace". Entonces que el Señor diga una sola palabra y su criado quedará sano.

Al oír este mensaje, Jesús se admiró de la fe que demostraba el centurión, desde la otra orilla de su gentilidad y lo presenta como ejemplo a sus oyentes: "Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe". Era una fe, como dice un escritor que "mereció ir misa". La liturgia eucarística hace eco a la palabra del centurión cuando repite: "Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero di una sola palabra y mi alma será sana". San Lucas añade que aquellos enviados regresaron a casa y hallaron al enfermo curado.

El Señor contrapone con frecuencia la fe de algunos gentiles con la hostilidad que le demostraban los judíos. Así ocurrió con aquella cananea que le pedía a Maestro sanara a su niña. Luego de un reproche inicial, Jesús le dice a la mujer: " Grande es tu fe; que te suceda como deseas".

El texto paralelo de San Mateo agrega: "Os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se pondrán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob, mientras que los hijos del Reino serán echados a las tinieblas exteriores".

Un mensaje para muchos cristianos de hoy que vivimos ciertas formas de fe, sin llegar a una verdadera amistad con Jesucristo. San Pablo podría decirnos hoy, como les reprochaba a los gálatas, que nos hemos pasado a "otro evangelio". En cambio,

muchos que viven y creen desde la otra orilla, mantienen su corazón más cerca del Señor.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y